

## DECAPITADO

Para Brigitte Radloff

**C**UANDO le asignaron su cuarto en la pensión, encajada entre cuatro calles estrechas, lo primero que hizo fué establecer una corriente de aire para evitar un olorcillo rancio que parecía emanar de una cañería-aorta hinchada en un ángulo de la habitación. Asomado al balcón vió de frente a un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. Entró en seguida en su cuarto a desocupar la maleta y vió la araña cuando ya había puesto los libros sobre la cama y se disponía a abrir el grifo del lavabo. Era muy pequeña y estaba un poco alejada de la tela—pobre y deshilachada—, pensando que aquello no iba bien y nuevamente tendría que empezar. Diré a la criada que limpie eso, pensó. Aunque—siguió diciendo—, estas que son como esa no pican ni hacen nada, parecen muy enceladas con su labor, —que, por otra parte, realizan muy despacio—, pero no es decente que ese animal esté ahí, más que nada porque los ángulos de las habitaciones gusta verlos limpios y una araña es siempre, además, una pequeña duda, una ligera preocupación y hay quien no se atreve a alzar la voz o tirar desde lo alto un zapato al suelo, por si el bicho se remueve y toma alguna decisión desagradable. Y si al ir a aplastarla se falla el golpe la cosa está clara, el bicho sabe que van por él sin ningún miramiento y que si antes se le había tolerado no mediaba en ello el afecto sino el egoísmo. La araña entonces puede tener una idea genial acerca de uno,



—se dice que no tienen ideas fijas—, y entonces atacarnos de forma tal vez muy peligrosa. Fué en aquel momento cuando en la casa de enfrente de fachada de almagre se abrió un balcón, —y no parecía que antes hubiese ninguno—, y se asomó la muchacha con vestido de flores estampadas, que, varias veces, mientras él la miraba con el rabo del ojo, se movió de un extremo a otro del balcón para fisgar a su antojo la habitación donde estaba él recién abierta. Se vió que ella le conocía. Alguien, por detrás de ella, azuzaba con voz de apuntador: «Es Azurgaray», y ella parecía darle, un poco sofocada, con el pie por detrás para que se callase. «Azurgaray; sí, Azurgaray», insistía el tipo a sus espaldas. Y cuando él se decidió a afrontar la cosa saliendo a su balcón, la muchacha atropellándose, con apresuramiento que pareció forzado aposta, se metió dentro y cerró, incluso, los postigos con tremendo estrépito que se hizo notar más por el repentino silencio en que quedó la calle. Luego se oía decir, como detrás de cada ladrillo: el hijo del notario Azurgaray. Y vió de frente a un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. Sí, dijo él al joven que regentaba la pensión, es una asignatura nada más y recalcó deletreando: u-na. Derecho Civil, pero no la ue cuarto, o sea de quinto, sino la de tercero, o sea la de cuarto. Se encontraba locuaz. Es raro pero así es. Y fué por algo del secretario que tenía poca estatura y cambió la disposición de las actas en los armarios y entonces fué la infiltración por la que tuve que trastocar, —previa notificación, naturalmente—, la asignatura, solo u-na al fin y al cabo, deletreó de nuevo. Pero era inútil, el joven ya no estaba. Cuando empezaba le escuchaban con verdadero ahínco y de repente luego cuando él decía «y fué por algo» se iban desinteresados, a veces murmurando una palabra de cortesía o mirando el reloj repentinamente melifluos, como si les llevase alguien esperando mucho tiempo. El joven estaba ahora subido a una escalera, silboteando una canción como si tal cosa, mientras limpiaba una bombilla. ¡Ah! pero —recordó— la criada se llama Araceli. Se lo había dicho. Araceli. Sí, Araceli. Araceli otra vez. Miró al techo y espío a la araña durante un rato. Estaba inmóvil. Era el mejor momento. Se asomó a la puerta de su cuarto muy despacio, pero no había nadie. El joven que regentaba la pensión no había dejado ni rastro en el pasillo. Y la bombilla que limpiaba con esmero aparecía otra vez llena de manchas. Llegó hasta un cuarto próximo con un hogar de campana y una mesa basta de patas gruesas y encontró silencio. Colgadas de un alambre, en el patio, dos al-



pargas negras se mecían y hacían a veces señales a la mesa. ¡Araceli! gritó. Silencio. Por un pasillo que no conocía se coló hasta el rellano de una escalera tranquila, amplia y brillante. La miró. Era una escalera incitante y, a la vez, terrible. Tenía la impresión de que algo había salido de su cuarto y le espiaba detrás, de que «alguien» adivinaba sus intenciones y le aguardaba en un rincón, oculto, en un lugar oscuro. ¡Ara...! tenía angustia y se calló. Y además, cuando iba a seguir, oyó el chirriante estrépito que hacía el balcón de la muchacha de flores estampadas. Estaba seguro de que miraban su cuarto y al mismo tiempo le miraban a él y algo irresistible, como si le dieran un tirón enorme, le hizo volver atrás. Pero el balcón permanecía cerrado, hermético. Paró sus pasos y escuchó sin respirar apenas. Nada. Era detrás. Se volvió. Era detrás. Volvióse. Era detrás. Giró, giró, giró una y otra vez, continuamente, como una veleta que deseara señalar su cola. Golpeó la pared, levantó la colcha de la cama, abrió la caja de los zapatos, la maleta, el armario, miró a la araña y, distanciado, dió una patada a la cortina. Respiraban con él, a su ritmo: ¡Aaaah, Aaaah! ¡Aaaah, Aaaah!, y era en el balcón de enfrente. Y encendiendo todas las luces, se asomó. Y venía de frente un hombre vestido de negro, con sombrero, que acababa de doblar la esquina y tomaba derecho la calle. Cuando entró se dió cuenta de que entraba por tercera vez. La araña pendía de un hilo y era mucho más grande. Lo sabía, se dijo, y luego pensó: me arrancará la cabeza. Despacio se fué escurriendo hacia una silla y fué resbalando por uno de sus palos con sumo cuidado hasta sentarse. Si me ve sentado, pensó, se volverá atrás, no tendrá sentido que demuestre su fuerza. Pero ella no menguaba y estaba exactamente sobre la cabeza de él. El entonces quiso distraerse mientras imaginaba la forma de llamar a alguien. «Es una lámpara», se dijo, y esto pareció tranquilizarle mucho. «Es una lámpara», se repetía una y otra vez cuando ella se le hacía mayor o creía percibir que daba hacia abajo un tironcito del hilo. Y una vez dijo: «Una ra palames» y se dió cuenta de que sería inútil ya seguir con esa frase y se apresuró a sustituírla angustiado, y no encontraba otra, y el hilo daba saltitos sobre su cabeza y ella aumentaba hasta cerca de un palmo. Y fué entonces cuando leyó «Usted debe asegurarse» en el balcón, en un vidrio, y se llenó de alegría porque podía ya decir «Usted debe asegurarse» y sólo era la propaganda de un seguro que había sido aprovechada para ocultar un roto en el cristal. Y así hasta que dijo «beted sese deguraraus» y estuvo en nada que gritase porque sintió como si ella le estuviese le-



vantando el pelo con una pata. Y entonces se concentró en un nombre: Araceli. Y, sobre sus rodillas, comenzó a teclear con los dedos el nombre de Araceli, porque se le había ocurrido una idea. Y tecleaba A-RA-CE-LI, como si dijese DO RE MI FA. Y poco a poco fué subiendo la voz, llegando a todos los signos de admiración a que puede llegar un aterrizado que está inmóvil y siente que el verdugo le hurga en la cabeza. ¡¡¡A-RA-CE-LIIIEEEA!!! Y se asomó, con gran estrépito de hierros, la muchacha de las flores estampadas, que sonreía. Y un hombre, —lo sintió—, acababa de doblar la esquina y comenzaba a pasar la calle. Fué entonces cuando aterrado vió que ella lanzaba sobre él aviones punzantes y diminutos que pitaban y hacían irritantes impactos que se iban abultando sobre el lóbulo de sus orejas, las venas de su cuello y sus párpados. ¡Tregua! gritó. ¡Tregua! gritó angustiado. Y se hizo un silencio. Y en la tregua pasaba él sin cesar hojas y hojas de un libro enorme que vigilaban dos ordenanzas malhumorados y escépticos. AB, no. AF, no. AJ, no. AP, no. AR, AR, ARA, ARA, ARAÑA. Pero las letras se agolpaban, cambiaban de líneas, subían y bajaban, formaban patas y eran iguales a pequeñas notas en un rayo de sol. «Es el de las arañas», decían los ordenanzas y chascaban sus lenguas hasta que se les partían. Y se oyó entonces una risa y, con gran estrépito, se cerró el balcón de la muchacha de las flores estampadas y sonaron pasos y una pata negra se le anilló con fuerza a la barba. Hizo un desesperado esfuerzo y se levantó pero al hacerlo sólo vió el orinal bajo la cama y una gran cucaracha negra con olor a miedo y nada más que un dolor agudísimo y unas sombras y el sentido instantáneo de una ridícula tragedia espantosa.

Cuando Araceli al día siguiente entró tan pancha en el cuarto de Azurgaray para arreglarlo, hizo ¡Ooooh! largo rato, cual globo que se desinfla. El señorito Azurgaray estaba muerto en la cama, sin cabeza. Llegó el joven que regentaba la pensión. Apresurada y con extrañeza se asomó a su balcón, enfrente, una muchacha con vestido de flores estampadas. A las doce, como todos los días, un hombre con sombrero, de negro, dobló la esquina y, al pasar por la puerta de la casa, se paró a preguntar. Llegó la policía acompañando al padre de la víctima, Azurgaray el notario, afligido y entero, que habló con Madrid nada más llegar. Llegaron el juez y el forense. Llegó el conserje de noche, Sr. Sánchez, que descansaba en su casa del trabajo nocturno. Llegó «Entrometido», redactor de «Emblema», atildado y joven. Y en la puerta del cuarto se estacionaron huéspedes y curiosos.



Araceli aseguró no saber nada. Estuvo en la casa trabajando todo el santo día y a las doce se acostó y se durmió. El joven que regentaba la pensión declaró que el Sr. Azurgaray, hijo, era un muchacho amable, que pagaba las cuentas con largueza y a punto. Y que en esa pensión nunca había ocurrido nada igual. La muchacha de las flores estampadas le dijo a la autoridad que ella era una mujer muy de su casa y que ni los balcones ni la calle le gustaban. Sánchez, el conserje, quedó, en principio, detenido; sus declaraciones translucieron oscuridad sintáctica que le hicieron, muy pronto, sospechoso. Y el diario «Emblema», con olorci- llo a pequeña política burguesa, madrugador moderado, tintoso y fresco a la hora del café con ensaimada, ofreció, el día siguiente, la noticia a sus lectores, que, seguida de una extensa crónica de «Entrometido», decía así: **EL HIJO DEL NOTARIO AZURGARAY, DECAPITADO.** «Ayer por la mañana a primera hora apareció decapitado en su cuarto de la pensión Dos Mundos el hijo del conocido y solvente notario de la provin- cia, Sr. Azurgaray, que desde hacía cuatro días se encontraba, por estu- dios, en nuestra capital. Se desconocen las causas del horrible crimen, aunque parece que el principal móvil ha sido el robo. El médico forense, Sr. Muñoz, declaró que obraron en el hecho elevadas dosis de éter. Fué detenido como sospechoso Anselmo Sánchez antiguo corneta en la gue- rra de Cuba, conserje de noche en la citada pensión que declaró, vaga- mente, haber oído algún ruido a eso de las cinco y haber visto a dos huéspedes, no precisados, salir muy temprano de la pensión, como para ir al campo, ya que recuerda que iban con pantalones de pana. El desdi- chado hijo del Sr. Azurgaray, que contaba con muchas simpatías en nuestra ciudad, tenía sobre la mesa de noche de su cuerto el extraordi- nario de «Emblema» lanzado ayer sobre la guerra civil en Argentina y el bombardeo supuesto de Buenos Aires por aviones rebeldes. El comisa- rio Meléndez-Alba, de la brigada criminal del Centro, ha dado comienzo a la investigación del caso».

